



SARA GALLARDO

LEER ES
FUTURO



CUENTOS

SARA GALLARDO

* ILUSTRADO POR: **DARÍO FANTACCI**

**Encontrá más títulos de la colección en:*
www.cultura.gob.ar/leeresfuturo

Gallardo, Sara

Cuentos / Sara Gallardo ; coordinación general de María Inés Kreplak ; ilustrado por Darío Fantacci. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ministerio de Cultura de la Nación. Secretaría de Políticas Socioculturales, 2015. 84 p. : il. ; 16 x 12 cm. - (Leer es futuro / Vitali, Franco)

ISBN 978-987-3772-88-7

1. Cuento. I. Kreplak, María Inés , coord. II. Fantacci, Darío, illus. III. Título. CDD A863

Fecha de catalogación: 16/11/2015

- Coordinación editorial: Inés Kreplak
- Edición literaria: Marcos Almada
- Asistencia edición literaria: Juliana Portilla y Sebastián Basualdo
- Diseño de tapa e interiores: Pablo Kozodij

► COLECCIÓN **LEER ES FUTURO**

En el marco de una serie de actividades de promoción y fomento de la lectura, el Ministerio de Cultura presenta la colección de narrativa *Leer es Futuro*, que llega a tus manos en forma gratuita para que puedas disfrutar del placer de la lectura.

En esta oportunidad, convocamos a escritores jóvenes cuya carrera está apenas comenzando, con el objetivo de visibilizar su tarea, contribuir a la difusión de sus obras y democratizar el acceso a la palabra, en continuidad con la ampliación de derechos garantizada por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner.

También hay que mencionar la inclusión de

los ilustradores de cada uno de estos libros: todos jóvenes y talentosos dibujantes con ganas de mostrar su trabajo masivamente.

Y en un formato de bolsillo para que la literatura te acompañe a donde vayas, porque leer es sembrar futuro.

Ministerio de Cultura

Teresa Parodi | Ministra de Cultura

SARA GALLARDO



BUENOS AIRES, 1931-1988. Fue una escritora argentina, autora de las novelas *Enero*, *Pantalones azules*, *Los galgos*, *los galgos*, *Ei-sejuaz* y *La rosa en el viento*. También el libro de cuentos *El país del humo* y los libros infantiles *Los dos amigos*, *Teo y la TV*, *Las siete puertas* y *¡Adelante, la isla!*

DARÍO FANTACCI



CHIVILCOY, BUENOS AIRES, 1984. Actualmente vive en San Marcos Sierras, Córdoba. Es historietista. Editó la revista *Ultramundo* con el grupo de autoedición y artes combinadas “Niños” y también el proyecto editorial *Les Enfants Hirondelle*. Pueden verse sus trabajos en: > www.dariofantacci.blogspot.com.ar

COSAS DE LA VIDA



Había una vez un jubilado que tenía un jardín en Lanús. Había sido jefe de personal en una empresa del Estado.

Su jardín era la admiración y la envidia de todo Lanús. Es una zona que, como se sabe, carece de agua cada dos por tres. El vecindario redacta notas de protesta, y el primero en firmarlas ha sido siempre el jubilado del jardín.

Lo habitual era que llegara el vecino más amigo de pleitos con su documento en la mano,

y lo encontrara doblado bajo los rosales, o cubriendo los senderos con guijarros blancos, o pasando el rastrillo por un círculo de césped que parecía, digamos, una esmeralda. Hormiguicidas, abonos y herramientas se veían en el verdoso ambiente creado por una chapa de fibra. Y allí, de pie, sin quitarse casi el sombrero de paja ni sacudirse el barro de los dedos, el jubilado echaba su firma, que era una rúbrica sola, tanto había firmado en tiempos de su jefatura.

Una mañana despertó. Echó de menos el aroma de su jardín. ¿Llovía? Tampoco el agradable pin pin del agua sonaba en su ventana. Salió, inquieto. Se encontró en pleno mar.

Un oleaje verde hamacaba el jardín. Un

ventarrón había volteado el espantapájaros.

Cayó al suelo. Cuando recobró fuerzas levantó la cara. Volvió a verse navegando en el mar. Volvió a caer postrado.

Notó, una de las veces que se incorporó, que la espuma salpicaba los jazmines de su verja, coquetamente pintada de blanco. Desesperado, buscó una lona que tenía en previsión de granizos, e intentó cubrirlos. Era difícil. Avanzó dando bandazos, aferrándose a la pequeña verja, nunca pensada para servir de borda. Ató la lona a ella y en unos piquetes de madera que clavó en la tierra. Trabajó con devoción, con rabia.

Mareado, empapado, pensó en darse una ducha tibia. Pero se le ocurrió que el agua de

su tanque era limitado. La necesitaría para sus plantas, para beber.

Tonterías. Soñaba. Se echó sobre la cama cerrando los ojos.

Soñó que estaba en su despacho, un sueño frecuente en él. Un empleado pedía licencia, su mujer moría. Cuarenta y ocho horas, concedía. El empleado se iba, lágrimas de impotencia salpicando los vidrios de sus anteojos. Estas lágrimas caían sobre la cara del jefe de personal.

No, no eran lágrimas. El viento había cambiado, y un vaho se condensaba sobre el vidrio abierto de la ventana, cayendo luego en gotas sobre él.

Se incorporó. ¿Era cierto, pues? Aquello bailaba. Sosteniéndose contra las paredes, salió.

Era cierto.

El jardín, virando lentamente, cambiaba de rumbo. Ponía proa a una inmensidad igual a la inmensidad que lo rodeaba en todos lados.

Los rosales inclinaban sus mofletes como pidiendo ayuda. Los lavó con agua dulce, sollozándoles al oído.

Pero tenía hambre. Acudió a la despensa. Contenía café soluble y bastantes latas de lengua, caballa, leche en polvo. Detestaba aquello. Eran regalo de su hermana, casada con un empleado de frigorífico.

Porque, como se lo hizo bien presente la mañana en que llegó, cargada, sofocada y con las marcas de la soga en las manos, antes de regalar hay que informarse sobre los gustos

del prójimo. Él adhería a los principios del vegetarianismo, con una apertura hacia el yogur y los quesos sin sal. Pero la hermana dejó su paquete.

Latas. Y cómo le servían ahora. Gimió, abriendo una.

¿Cuánto tiempo duraría aquello?

O estaba loco. Creería, solamente, encontrarse en el mar, mientras sus vecinos lo miraban compadecidos por encima de la verja. Era fácil suponer sus conjeturas: tantas horas al sol, dedicado a las plantas... ¿O estaría en un manicomio, alucinando? Las gotas que había creído recibir ¿eran inyecciones?

Fuera lo que fuese, aquí estaba. Por las ventanas caía el mar, verde, centelleante ahora

que había salido el sol.

¡El sol! Se levantó a mirar su césped. Esmeraldino aun, y fresco. ¿Hasta cuándo?

Al atardecer tomó el diario que leía la víspera. Fútbol, cine, historietas. Qué lejano todo. Anotó la fecha. Hizo un almanaque en la última página de un catálogo de semillería.

Solo quedaba ponerse a dormir. La noche había caído. Afuera, aquel rumor. Adentro, el balanceo.

Siguieron días, noches, mañanas.

Los primeros en morir fueron los claveles. Temblando se secaron, marrones. Las rosas vieron volar sus pétalos sobre el desierto.

Después los tallos se enroscaron en espirales. El césped murió, a manchas. Un círculo de tierra quedó, pelado, con unas pajas. Volaron también.

La verja, la lona y los jazmines con un crujido cayeron pesadamente al mar.

El jubilado había hecho algunos intentos para distraerse. Prendió el televisor. Pero transmitía unos trazos ondulados que le recordaban demasiado las ondulaciones circundantes. Anotó cada día en su almanaque. Examinó el tanque de agua. Maldijo ser habitante de Lanús Oeste. Las carencias habituales de agua se reflejaban en tres cuartos de tanque vacío. El terror de la sed empezó a obsesionarlo.

Para buscar algún aspecto positivo en su situación, se dijo que el tiempo estaba parejo, y que las olas lo conducirían a algún lado.

Pero vino la calma.

De las angustias de la calma se ha escrito demasiado bien. El perder la esperanza de puerto, el agotar víveres y agua, el fosforecer de presencias extrañas, la agonía.

Un sudor corría por la calva del jubilado en su jardín destruido. Había recogido los guijarros blancos en dos macetas, que guardaba en la cocina, pero el diseño de los canteros se notaba como una risa sin dientes.

Al décimo día de calma, un estrépito puso

en marcha el jardín. El mar se precipitaba hacia delante. Era un derrame. ¡El final!, pensó, aferrándose al tronco seco de un arbusto. Como en un raptó recordó un programa de televisión. El ganador, niño prodigio, había dicho que los antiguos creían en un mundo plano con una catarata en el borde. El conductor le dio un premio, y todos reían a costa de los antiguos.

—¡Aquí estamos! —se dijo, arrastrado con casa y con jardín hacia el fondo, los mantuvo una corriente circular, mientras el mar entero hacia un ruido de regurgitación.

Un monstruo apareció. Inmenso bienestar respiraban sus escamas chorreantes, su cabeza que rozaba las bajas nubes de tempestad. De la boca le colgaban vegetaciones flácidas.

El miedo no se puede imaginar. Del miedo que sintió, solo diré: como muerto, sin pulso, en el suelo. Una imagen le cruzaba la mente. Había visto la foto de un choque de trenes precisamente en la línea de Lanús. Uno estaba vertical.

Vertical, como cien trenes, la serpiente marina sacó al aire su cuerpo y gozó la vista del mar interminable. Esa vista le dio ganas de moverse. No vio el chalet demasiado cercano y algo atrás. Estaba ahíta, además.

Partes de su cuerpo emergieron mientras se alejaba y hundía otras ondulando, y el jubilo, su jardín y su casa giraban en los remolinos hasta sentir escindidos los átomos del ser.

Esto pasó el trigésimo día de navegación.

Por entonces decidió preservar los vidrios de las ventanas. Una rotura sería grave. La casa era su refugio. Cerró los postigos, y se acostumbró a andar a oscuras por el interior. Era un alivio.

El sol golpeaba con su maza el jardín. Vestido de pies a cabeza, con sombrero y guantes de jardinero para no ver su carne reducida a jirones, intentó pescar. La falta de verja lo había vuelto tarea peligrosa. Se ataba a la canilla del césped, con un trozo de conserva como cebo. Pasó días fabricándose anzuelos.

Descubrió que a veces pescaba. Se prometió comer de eso, fuera lo que fuese. Si pasaba

un día entero sin pesca abriría una lata. Debe decirse que sobre el jardín rampaban y palpitaban toda clase de seres lanzados por las olas o por la iniciativa personal. Le evitaban la fatiga de pescar. Los echaba en una cazuela. Algunos le procuraron erupciones terribles en la piel. Otros dispepsia. Otros nada. Temiendo por su combustible, cocinaba varios platos por vez en el horno. Se acostumbró a la sopa fría. Pero la comida marítima da sed. Su mayor angustia era el descenso de la provisión de agua.

Un día dos aves marinas se pararon en la antena de televisión. Por atavismo las insulto agitando los brazos; que se alejaran de sus sembrados. En pleno ademán quedó quieto. Ave significa tierra.

—¡Tierra! —gritó prosternándose, con la voz quebrada en mil variantes.

No había tierra a la vista. Las aves eran de un desconocido rojo oscuro. Pero no lo notó. Viendo que su alharaca las movía a retirarse suplicó:

—¡Quédense!

Debió verlas alejar, pausadas, hacia el este.

En el este fijó los ojos. Pasó la mañana inútilmente. Mejor carecer de esperanza que ganarla y perderla. Entró en la casa y lloró echado sobre la cama.

A la tarde volvió a mirar. Creyó morir. Se mojó la cabeza. Vio algo como una montaña.

¿Y si, navegando sin rumbo impuesto por él, pasaran lejos? Pero se acercaba.

Hacia el crepúsculo la luz rasante daba en un peñón rojo negruzco, como un coágulo de sangre. La espuma se revolvía en las rompientes.

Ninguna visión, ningún rumor humanos salían de él. Bien mirado parecía moverse como una rata muerta cubierta de moscas. Las aves marinas lo revestían. Sus graznidos parecían la voz de aquella piedra.

El jubilado cayó de rodillas, alzó los brazos hacia el peñón, clamó. Buscó una sábana y la zarandeó, frenético, pidiendo auxilio. Nada.

Es decir, sí. A medida que el sol desaparecía, la peña pareció formada por caras enormes, tal como viera en el cine las de unos próceres norteamericanos tallados en la montaña. En el cine le habían parecido magnificas. Aquí,

no, tal vez por las deposiciones de las aves, por la niebla de la rompientes, aquellos rostros de hombres y mujeres parecían, o bien resfriados, con hilos cayendo de las narices, o llorosos, o babeando.

Gritó hasta perder la voz, la fuerza, la vida.

Cuando se puso el sol le entró el terror. Pese a la inquietud por los escollos se encerró en la casa.

¿Qué hacer? No dormir. Busco una revista que tenía debajo de la cama.

En Lanús, su vecino de la izquierda, un pobrete que se concentraba con geranios en macetas, pertenecía a una secta protestante. A menudo charlaba por encima de la verja alabándole el jardín, pero sus intenciones

eran proselitistas. Una vez por mes, al despedirse sacaba una publicación de bajo el brazo y decía:

—Tal vez esto lo entretenga.

Eso bastaba para sacarlo de quicio. Pero como quien anda con abono y fosfato necesita tener papeles a mano, guardaba las revistas. Cuando tenía que envolver desperdicios las usaba. Con la satisfacción de que el vecino alguna vez podía ver sus páginas en el tacho de basura.

¿Qué hacer, esta noche? Trató de concentrarse en la sección humorística. Casi siempre a propósito de perros o de gatos. Imposible entenderlo, con el peón de color coágulo, las rompientes, las aves, las caras, cercanos

en la noche.

Se asomó. Trato de ver algo, de oír el ruido de los acantilados. Nada.

Luego, los inconvenientes del mal periodismo son que al leerlo uno piensa en otra cosa. Había sufrido al jubilarse. ¡Qué jefe de personal! El empleado daba parte de enfermo. Que se mejore, decía él, nadie olvidaba en qué forma. Enviaba al médico. Qué medico. Estaban de acuerdo. Cuarenta y ocho horas. Que se mejoren. O se mueran.

Siempre le gustó preguntar a los empleados su filiación política. Tragaban bilis. El distintivo oficial en la solapa de los disidentes le procuró entretenimiento en una época.

Efecto del mal periodismo, quedó dormido

en el sillón.

A esa hora empezó el viento. Con una trepidación de la casa. El mar se transformó en un campo de ondas que jugaban al rango arrojándose de espalda en espalda la casa y el jardín y el jubilado, a los tumbos de la cama a la mesa, del sillón a la puerta.

Oyó la antena del televisor arrancada rebotando en el techo con un adiós metálico, perdiéndose en los aires.

Los goznes de un postigo, corroídos, cedieron. Un vidrio quedó descubierto. Por él entró la luz, y vio el oleaje, transparente, tapando el cielo, lamiendo los costados de la casa, filtrándose por las juntas de las ventanas.

Se arrastró. Buscó una lata de goma contra

insectos. Pegotearon las junturas de las ventanas, pero el agua entraba, estiraba en carámbanos la goma, goteaba por las puntas.

Cinco días de viento. Cinco días sin comer, sin anotar en el calendario, aferrado a una pata de la cama.

No tuvo fuerzas para abrir la puerta. Destapó temblando una lata de sardinas. Algo re-
puesto, abrió. Dio un grito.

El jardín estaba un palmo bajo el agua. Solo sobresalía, en el lado opuesto, la parte que lindó con el vecino protestante, un sector un poco elevado, de ladrillos, donde tuvo tinajas floridas y canteros. Entre la casa y ese sector, el jardín parecía una piscina por donde cruzaban cardúmenes plateados.

Alrededor, mar desnudo hasta el horizonte.

Lágrimas, no tenía ya ni una. Pero para mesarse, tampoco. Barbas, sí, largas y enredadas. Su afeitadora se descompuso los primeros días de navegación.

¿Existe Dios?, se preguntó. Había rezado, es verdad, en momentos de horror excesivo. La noche del peñón, por ejemplo. Su madre se lo enseñó en algún tiempo. Y en un folleto había leído la historia del extraviado en el Himalaya que sobrevivió gracias a extracto de carne y oraciones. ¿Qué oraciones serían? ¿Y qué extracto?

Vamos a ver, ¿qué situación era esta? ¿Quién previno nunca a un ser humano respecto a este riesgo? Podía demostrarlo: ninguna compañía de seguros lo tiene en su programa.

Nunca aseguró su vida. No creyó justo que su hermana y su cuñado se beneficiaran con su muerte. Pero si una clausula relativa a una situación semejante hubiera existido, él, al volver...

¡Volver!

¿Volvería?

Se cubrió las orejas con las manos y gritó largamente.

Para tranquilizarse proyectó un plan de acción. Como primera medida tendría que pescar por la ventana. Después, escribiría su historia. Bien, pero carecía de papel blanco. Buscó por la casa. Un papel madera forraba los cajones y estantes del armario. Ya es algo. Con letra chica... Y después, tal vez esto termine un día...No. Las ilusiones hacen daño.

Se sentó a escribir. Puso la fecha. “Intachable empleado, de categoría j 4, en la Dirección General de Personal Automotores y Estadística del Ministerio de Hacienda, entre los años 1928 y 1962, con solo dos faltas por duelo familiar en toda mi foja de servicios, me jubilé el 24 de marzo de...”

Una voz habló roncamente a sus espaldas.

El lápiz cayó sobre el papel. Una rigidez, de la nuca a los talones, lo inmovilizó.

Volvió a oírla, en un jadeo, un chapoteo. Decía:

—Mi refugio...

A duras penas se dio vuelta. Aferrado al borde de ladrillos de la parte elevada del jardín había un hombre chorreando agua, la cara

transfigurada de esperanzas, el sombrero hundido. Ponía los ojos en —el jubilado lo recordó de pronto— el nombre de la casa, fijado en letras cursivas cerca del techo: Mi Refugio.

En el umbral de la puerta, sin moverse, sin sonido en la garganta, lo miró.

El hombre lo vio. Su felicidad aumentó. Jadeaba como si hubiera llegado nadando. Sosteniéndose en los ladrillos hizo un esfuerzo y se izó.

Un crujido de putrefacción y el jardín cedió a su peso como una galleta húmeda. La parte de ladrillo, arrastrándolo, se hundió primero. La mitad del jardín, vertical en el vuelco, desapareció detrás de un torbellino.

El jubilado se acurrucó en el umbral de la

puerta. Metió la cara en los puños, sollozó. Como él mismo se lo definió después, fue un ataque de nervios. Terminado, destapó los ojos poco a poco. El jardín concluía en la mitad de lo que fue círculo de césped. Quizás por efecto de pérdida de la parte de ladrillos, ya no estaba cubierto de agua. Emergía en declive hacia la casa.

Aquel hombre... No había tierra, ni barco, ni bote, ni leño a la vista. ¿De dónde había venido?

Durante días y noches la cara transmutada de esperanza, el crujido del jardín al romperse, la desaparición entre burbujas se fijaron ante él.

No pudo comer, ni pescar, ni moverse. Lo

pasó extendido en la cama, mirando el techo que repetía los reflejos del mar.

Y comenzó la sed. La entretuvo un tiempo gracias a los cubitos de hielo derretidos dentro de la heladera. Siguió con el depósito del inodoro. Después se encontró lamiendo la heladera. Después se encontró lamiendo el inodoro.

Después, como un loco, la lengua colgando seca igual que un cuero, se vio corriendo en círculo, pegando los labios a un hierro húmedo de sal, limpiándolos horrorizado, procurando beber agua de mar y vomitando, tajeándose un brazo para chupar la sangre.

Ni un recuerdo ni una ilusión ni una idea en él salvo la de agua dulce para beber. Miraba las nubes como el ternero en la mañana mira

la ubre reservada al ordeño, a un fin ajeno. ¿Y él? Oh, nubes.

Llovió por fin. Era de noche. Ardía de fiebre en el sueño de su cuarto. Oyó llover. Creyó que deliraba pero se arrastro fuera.

¡Llovía! Llorando, riendo, desnudo, se dejó empapar, la boca abierta. El agua le corría por las orejas, le llenaba los ojos. Se lamia; exprimía las barbas en su boca. Sacó tarros, cacero-las, olas, latas, frascos.

Amaneció en la lluvia, y la lluvia siguió. El jardín en declive dejaba correr hacia la casa una cascada agridulce que tampoco despreció. Oh, agua. Oh, lluvia.

Siguió un periodo durante el cual procuró escribir sus experiencias. No le era fácil, pero

una especie de serenidad lo investía a medida que daba forma a aquello. Al principio luchó con las palabras. Ni mar, ni serpiente, ni viento, ni peñón rojo o sed figuraba en los escritos que leyó o redactó en su vida.

Esta palabra, vida, lo detenía. ¿Estaba vivo?
¿O muerto?

Trató de recordar ideas oídas sobre la muerte. Nada parecido a esto. En cuanto a vida... Es verdad que algunos días, por ejemplo al pescar un bello pez carnosos después de esperar siete o diez horas, se había sentido más vivo de lo que nunca había estado. Y cuando la lluvia, chorreándole en los ojos y la boca terminó con su sed ¿no fue distinto al vaso de agua mineral que una ordenanza debía traer hasta

su despacho a las once y diez?

Sí, pero basta. Basta. Vivo o muerto, exigía una definición. Quería paz. Deseaba una certeza. Silencio. Descanso.

Color mostaza era el mar aquellos días. Había oído mencionar el plancton. Esperaba que no fuera plancton, pues a decir de muchos es lo que comen las ballenas.

Color mostaza. Un pavo asado sobre un mantel blanco. La salsa humea en la salsera. Castañas y ciruelas y piñones en el relleno. Nueces y almendras en un plato. Pan dulce con un moño de seda. Sidra. Es navidad. ¿Quién, en esa mesa? Una mujer vestida de largo, una niña de trenzas. En el patio los vecinos brindan. Él tiene derecho a comer. Alarga

su mano empujando a la niña. Un golpe en los dedos. Había chocado con la chapa de fibra que alguna vez amparó a sus hormiguicidas, caía desde el gran viento.

Conque alucinaciones, se dijo. A escribir.

“Entre los años de 1928 y 1962, solo dos faltas por duelo familiar, es decir, en treinta y cuatro años. El primer duelo siendo motivado por el deceso de mi señora madre, y el segundo por el de mi esposa, a los quince meses de matrimonio, habiendo celebrado ese matrimonio durante los días de feria que se dedicaron en 1935 a desratizar el edificio”.

Bien mirado, era el único error de su vida. Una vida de orden. Ella... para ser sincero, no recordaba su cara. Por otra parte, suicidarse

es una infracción al contrato matrimonial. Nadie lo había sabido, por fortuna.

Salió a refrescar la mente.

En el horizonte, una línea como un trazo de alquitrán dividía el cielo del mar. Como las líneas que cruzan los cuadernos contabilidad, pero con una leve inclinación.

Tropezando con todo, se le ocurrió prender el televisor. Ninguna imagen. Pero una voz a lo mejor femenina, interrumpida por descargas, decía cosas incomprensibles.

—¡Tierra! —gritó por segunda vez en su viaje— ¡Tierra!

Lo asustó su gañido. Esperó. Los ojos puestos en la línea. Llegó a convertirse en una franja. La inclinación pasó a parecer una serranía.

La materia no le gustaba, brillante como laca. No pudo esperar más.

Tomó una sábana y alcohol, subió al techo, hizo flamear la bandera de fuego hasta que las llamas le chamuscaron la barba. Soltó. Una brisa la llevó girando al mar. Él perdió el equilibrio y cayó al agua. Varias tejas cayeron cerca de él.

Emergió tragando bocanadas. No sabía nadar. Braceó enloquecido hacia la casa. Recordó al hombre. Mi Refugio, leyó entre dos salpicones.

Pudo agarrarse, trepar, extenderse en la vereda. No se dio tiempo a descansar. De rodillas, miró hacia la costa.

Se alejaba.

Se alejaban ellos. La casa. El jardín. Él.

Bramó golpeando las paredes, maldijo, pataleó.

La costa desapareció.

Por la mañana afloran las decisiones.

Sentado en una silla frente al jardín, el corazón desnudo de ilusión silbó un viejo tango. A navegar, hasta el fin de los tiempos. No se inmutaría.

Débil es la carne. “Fin de los tiempos” lo hizo volver, esperanzado, a las malas noticias de los días previos a su viaje. Cada país tenía su bomba atómica. Era pues posible que estallara el planeta. ¡Oh, que estallara!

Pero ¿estaba él en el planeta? Si no, ¿dónde? Y si estaba ¿en qué parte?

No iba a turbarse, ahora. Entró en la casa. Cargó el televisor. Lo lanzó al mar.

Un instante pudo verlo aun. Reconocible.

Grandes decisiones. Durante su caída al agua había podido ver la casa desde afuera. Debió suponerlo pero nunca lo pensó. Un pesado bigote de moluscos y algas la circundaba. Pececillos y gusanos alborotaban por debajo. Si aquello crecía terminaría hundiéndose. Tomó sus tijeras de podar y comprendió que la tarea era imposible. Para poder en los bordes tendría que meterse en el agua. La parte inferior era de cualquier modo inalcanzable. Y en cuanto al jardín, no se atrevía a pisarlo. Vaya que se desprendiera.

Perfectamente. Guardó las tijeras.

Pesca y biografía, decidió.

Pesca y Náutica, sonrió amargamente. Era el nombre de un club de la laguna de Chasco-mús. Había ido con otros jefes de la empresa a comer pejerreyes en el año 52. No le gustaba el pejerrey, había dicho. ¡No le gustaba el pejerrey! Era vegetariano. ¡Era vegetariano! Solo faltaba que hubiera dicho que no le gustaba ni la pesca ni la náutica.

Bien, en esto estamos por ahora. Dio unos golpecitos con los dedos sobre la mesa, como era su costumbre en el despacho. Profesión, navegante. Sonrió, comisuras hacia abajo, tras las barbas. Se había acostumbrado a pasar las manos por ellas, como los patriarcas. Era una sensación sumamente agradable. Las había

desenredado, una tarea difícil de olvidar, y las peinaba cada día. En cambio recortaba el pelo de la nuca.

No olía muy bien, hay que decir. ¿Qué olor podía asombrar en esa casa donde el lavado se abolió el primer día, donde la pesca entraba por la ventana y saltaba en el suelo dejando escamas? Ningún asombro. Ni por olor, ni por color, ni por nada. Nada.

Un ejercicio de imaginación tónico cuando se navega es pintarse el abismo subyacente, la hondura que alberga cordilleras; el ambiente, negro; el frío, eterno. Ante él resultan placenteros el salpicar, lo cristalino y la luz de la superficie. Queda subrayado lo precario de nuestra suspensión. Se hace patente la disparidad

de los destinos, durmiendo como duermen tantos huesos en el fondo. Se medita en la providencia, en el azar, en el hado.

Regando su jardín, cuántas veces le gustó ver a las hormigas braceando en las corrientes creadas por su manguera. Ahora los consideraba de otra forma. Y suponiendo, nada cuesta, que exista un dios del mar, Neptuno de los antiguos burlado por el niño en la televisión, ¿no encontraría, manejando los hombres y sus barcos, el mismo placer que él tuvo ante el girar de los insectos salvando por inofensivo o por lindo a alguno en un momento de buen humor? Inofensivo o lindo, ¿desde qué punto de vista? El del jardinero. Había otros sin duda.

La filosofía brota en la soledad y en el temblor.

Otra costumbre surgida en la soledad fue hurgarse la nariz. Lo abstuvieron de hacerlo, comprendió, durante los años que llamaba normales, lo bajo de la verja, que no lo aislaba, y la apertura de su despacho a cualquier consultante. El hombre aislado tiene todos los actos de la privacidad a su disposición. Por eso suscita desconfianza. Pues ¿qué actos no supone las fantasías de las gentes?

Son siempre los mismos. Tal vez aquel empleado que rompió sobre su mesa el tintero de ónix proyectando hasta el techo las tapas — quedó la marca para siempre— aquel que apoplético lo mandó al infierno y quiso incrustarle

un sello en la cara —por suerte había timbre— aquel hombre que quedó en la calle, cuatro hijos, etc., bien, tal vez, sosegado, en su casa, se hurgara la nariz todos los días. O la señorita que le dijo gusano, muy nerviosa como señorita es verdad, a lo mejor se estudiaba el ombligo como él ahora que vivía desnudo... o contaba los dedos de los pies, entidades individuales si las hay.

Mientras pescaba vio una vez como la sombra de una nube. El cielo estaba limpio. ¿Qué gigante se había deslizado por las aguas?

Dejando la pesca salió a la vereda. Contempló los copetes de espuma repitiéndose como los merengues en la plancha del confitero. Alzó los brazos y alabó al dios del mar.

Pensándolo mejor se dijo que el Dios de su madre podía permitir un dios del mar, un delegado, para expresarlo en forma sindical. Fuera como fuese, alabó.

¡Tantas cosas dio por creídas mientras vivió en Lanús Oeste! Tantas. Es decir, todo.

Cuando aparece el frío, el agua pasa a la categoría de poca cosa.

¿Qué mar era este en el que entraba?

Primero la niebla. Atravesaba en bocanadas que hacían sentir nostalgia del horizonte. Dejaba formas, que el viento revoleaba.

Las nubes bajaron a pegarse al agua, barrigas de un color sopa unidas al mar por el mo-tear de la nieve. Copos, copos.

Después el hielo cubrió todo el jardín. Brillaba, reflejando en su declive el frente oxidado de la casa.

Ceñido por mantas atadas al cuello, la cintura y las piernas, buscando calor en la cama, alargando las manos hacia el incendio de su silla sobre la vereda, vio hechas hielo las reservas de agua. Como faltaban tejas desde que subió al techo, le era imposible crear un resguardo. Forró su cuerpo con las revistas del Ejército de Salvación y ajustó las mantas por encima.

Parecía una crisálida, de las que amortajadas y oscuras esperaban despertar mariposas en el jardín de una vecina.

No cual mariposa ciertamente confiaba

despertar, cuando dormía. Si eso puede llamarse dormir.

Había metido la cabeza en una funda que su hermana tejió al crochet para un cojín. El aliento le daba la ilusión de calor. Veía a través de la trama de colores.

Lo peor empezó con los témpanos. Animales congelados como cerezas en áspic flotaban mirándolo desde el interior de las peñas que, lentas, entrechocando a veces con un sonido, cruzaban junto a él.

Si no ocurría un cambio, sintió que le quedaba poca vida. La idea del descanso, le pareció oportuna. Bienvenida.

Notó que por fuera el agua alcanzaba hasta cerca de las ventanas. El peso del hielo, calculó.

La casa crujía.

Con un ruido más raro que cualquiera, el jardín restante, quizá por el peso del hielo, se desgajó. El jubilado sintió el vértigo de los remolinos ante sus pies cuando el jardín se hundía, afloraba, y entre dos aguas, como un tempano plano, se alejaba oscilando.

Desde entonces la puerta se abría separada del mar por la nimia vereda.

Innumerables chillidos lo inquietaron un día. Nariz azul, si abandonaba al que creyó postrer ensueño. Levantó la funda de crochet. Era una banda de golondrinas. Venían agotadas. Cubrían el techo. Salió a mirarlas.

Un golpe en el ojo casi lo desvanece. Las letras herrumbrosas no habían soportado el

peso de las aves. Mi Refugio revotó en la vereda, se leyó entre dos ondas y desapareció.

El dolor, el brazo colgante lo condujeron casi a rastras al cuarto de baño. Algo se había quebrado en su hombro. ¿La clavícula? Poco sabía de esto. Envolvió el hombro en tiras pijama.

Las golondrinas lo habían seguido. Chillando de alivio, cerrando los párpados, se ubicaron sobre el armario, en la cabecera de la cama, en la cocina.

Solo le quedaba un pescado. Trituró, sosteniendo el cuchillo con la mano izquierda, dos filetes, y los esparció sobre el diario. Las golondrinas se abalanzaron. Derritió hielo. Bebieron.

—Coman. Beban —les dijo—. Son dueñas de la casa.

Lo alegró ver las plumas, los picos, los ojitos. Para evitarles el disgusto de viajar con un cadáver salió a morir en la vereda.

Una muralla parecía oscurecer la luz, como un acantilado. Un barco, junto a la casa. Acorazado, sin ventanas.

Mejor dicho, tenía ventanas. Una fila de ojos de buey tan altos como el tercer piso de un edificio.

Y bien, se dijo. Si quieren encontrarme me encontrarán.

De pie, ya no tenía sillas, alisando sus barbas, contempló el panorama. Los témpanos se iban en rebaño. El agua se había vuelto celeste. Su brazo en cabestrillo estaba insensible.

Cuando despertaron las golondrinas una

parte voló con piruetas de felicidad alrededor de la casa, volvió a entrar, se atareó picoteando las salpicaduras de comida en la cocina y en las ollas.

El jubilado levantó los ojos hacia el paredón. Le dio fastidio verlo allí. ¿Por qué no se iba? Se le ocurrió buscar las macetas en que guardaba los guijarros. Intentó hacer puntería en un ojo de buey. A esa altura, con el brazo izquierdo, y dolorido, imposible.

Se entusiasmó. Los guijarros, blancos como copos de maíz, rebotaban en el metal y caían al agua, o sobre el techo de su casa. Olvidó su preocupación por los vidrios de sus ventanas. Afinó la vista. Su puntería mejoró.

Rió. Recordó un día de sus primeros años

en que ayudado por su padre hizo centro en el blanco de un parque de diversiones.

Centro. Hizo centro en un ojo de buey. Fue un ruido especial.

Una cara asomó.

Volvió. No miró atrás, a la casa entregada al paso de las golondrinas.

Durmió. Durante horas. Cuando abría los ojos cambiaba de postura. Volvía a cerrarlos. Le traían un plato de sopa y una cuchara. La sopa negra, la cuchara pesada. El vapor entraba por su nariz. La sopa descendía. Obraba su reconstrucción.

Arrebujado en las barbas, soñaba. A veces, que su casa crujía en el hielo. A veces, que el

jardín bullía de gardenias y de margaritas, y un vecino venía a hacerle firmar un petitorio para el intendente. A veces, que el balanceo lo hacía rodar de la puerta a la mesa.

Entonces abría los ojos y notaba que en efecto el mar se movía más de la cuenta. Pero él estaba en un camarote con una lamparilla en un rincón. Volvía a cerrar los ojos. Volvía a dormir.

Más adelante, acurrucado en la cubierta, solía ver estrellas. Una vez distinguió la Cruz del Sur. Lloró.

Otro día vio la ciudad de Buenos Aires envuelta en bruma. Chimeneas altas como muchachas esparcían sus mensajes de humo, que se agregaban zigzagueando a la bruma. Un

olor a putrefacción, y la ciudad con luces encendidas en los edificios amanecía, bañada en tonos de rosa.

Claro que lloró.

Desde la Dársena hasta Constitución fue a pie. No tenía un centavo.

Del regreso en tren es natural decir: incomodó a los pasajeros por la apariencia y el olor.

En su calle faltaba el agua una vez más.

Allí estaba su casa; en fin, el solar de su casa. Ortigas. Pulquérrimos vecinos le cerraron la puerta en las barbas.

El protestante en cambio compartió con él sus papas y su lata de sardinas. Comió solo las papas. Sobre la mesa se alineaban los números de la revista.

—Estoy a cargo de la sección humor —dijo el vecino.

Una catarata de lágrimas inundó la cara, las barbas que tenía delante. Nunca había visto cara tan extraña, arrugas como esas.

Le consiguió un puesto en los comedores del Ejército de Salvación. Allí tuvo su plato de sopa cotidiano. Lo tiene todavía.



**LA GRAN NOCHE
DE LOS TRENES**

Por el tiempo en que el hombre pisó la luna llovió mucho en la provincia de Buenos Aires. Los trenes puestos a morir goteaban y el agua corría por los vidrios sin parar.

El gobierno había decidido amputar líneas de ferrocarriles así como los médicos secan venas enfermas de las pantorrillas. Puso los trenes viejos a los costados de las vías. A morir.

Como había muchas ventanillas rotas, se formaban charcos en los asientos y en el piso.

Los cardos formaron bosque; sus cabecitas golpeaban los vidrios como la multitud que viva al rey. La tierra cedió, y los trenes sintieron que se hundían. Si no sintieron que el agua les llegaba al corazón fue porque estaban hechos de la madera más dura del mundo, una madera de la India.

Fue aquel mes la rebelión de los trenes.

Las causas fueron dos. La falta de sol y la compra de los trenes amarillos por el gobierno.

La falta de sol de aquellos meses, para hablar como los académicos, minó las energías morales de los trenes puestos a morir. Por lo pronto no podían despertar de sus sueños. Además, no había el calor, que penetra por las tablas así como penetra una sonrisa. No había azul.

Cuando hay azul, los jirones pueden flamar sin sentirse míseros, sintiéndose estandartes o cualquier otra cosa. Quizá sorprenda el término jirón a quien recuerde la negrura del techo de los viejos trenes, una negrura soberbia. Era tela sin embargo, quedó de manifiesto pasado un tiempo de abandono. Vuelos grises, se rasgaron.

Hay que comprender que los trenes, como todo el mundo salvo las gallinas, sueñan.

Los sueños de los trenes puestos a morir son más prolongados en razón de su ocio, y más amplios en razón de su edad. No disponen de los mismos recuerdos los de primera, con sus asientos de cuero, y los de segunda, con sus asientos de madera. Pero en materia de

recuerdos todo se equivale.

Hubo quien fue restaurant, con manteles, vajilla, mozos. Hubo quien fue dormitorio.

Esto en cuanto a recuerdos. En cuanto a sueños, son más variados, más confusos y más difíciles de explicar.

Por eso obraron como levadura de la rebelión.

Sin sol no había despertar. Tampoco hubo en torno de los trenes esa actividad que les volvía aceptable la vida en medio del abrazo de las plantas. Un zumbido de abejas puede ser importante en ciertas circunstancias.

Pero meses de agua, truenos, agua, más agua, más truenos, más agua. Los caminos eran lenguas de lodo; nadie los recorría, ni hombres, ni camiones, ni hacienda ni nada. Todo era

soledad, chorrear, gotear, silencio. Los trenes puestos a morir sintieron que algo espantoso estaba por pasar.

Dos veces por semana el diesel los devolvía al mundo. Nunca habían tenido conflicto con los diesel, o si los hubo alguna vez no debe hacerse hincapié en un problema tan natural en todo comienzo. Desde años atrás el servicio se hacía a medias. Digna de confianza fue la forma en que los tonos llameantes de diesel fueron amalgamándose a las disposiciones terrosas que parecen propias de un verdadero tren, y cómo, pese a su carencia de locomotora digna de tal nombre, siempre cumplieron en forma briosa.

Durante los meses del agua ellos recordaron

a los trenes puestos a morir su condición de seres en este mundo. Dos veces por semana sacudían la densidad de sus sueños. Fueron ellos quienes revelaron la compra de trenes amarillos hecha por el gobierno.

Esta fue la segunda causa de la rebelión, pero no debe pensarse que los amarillos hayan tenido el mínimo contacto ni aun noticia de la existencia de los trenes puestos a morir. Por lo demás, creo que andaban únicamente en las líneas que van al norte inmediato. Pienso que son los que usamos cuando sentimos ganas de apostar en San Isidro, tomar sol en Olivos o dar una vuelta de lancha por el Tigre. Que esta mención no suponga frivolidad en ellos. Miles de personas viven en

las zonas que recorren, y tengo entendido que hasta los diarios se han ocupado de fotografiar el trabajo excesivo que soportan, los racimos de gente colgados de sus flancos o hacinados sobre los techos en su trayecto diario.

Nada de lo cual puede ser siquiera imaginado en las líneas del sur, donde se produjo la rebelión. Allí resulta común que un tren se detenga porque hay una vaca durmiendo en las vías. En esos viajes, hay épocas en que uno coloca su valija en la red y levanta un vuelo de flores de cardo que aterrizan blandamente sobre la ropa del pasajero más cercano.

Nadie sabe cómo se organizó la rebelión. Si los diesel tuvieron o no vigencia activa es difícil de esclarecer. Como continuaban en uso,

puede creerse que no tenían motivos perentorios. Pero advertidos de una suerte nefasta por los amigos que veían puestos a los lados de las vías, es probable que hayan participado en forma subrepticia.

Parece que las zorras actuaron más de lo que pudo saberse después. Quizá por su contacto con grupos de hombres acostumbrados a fanfarronear, como son las cuadrillas que arreglan las vías, las zorras solían lanzar pullas a los trenes puestos a morir. Como carecen de ventanillas, de puertas, y para decirlo de una vez, de todo, no les inmutaba ver arrancadas de los trenes las celosías que podían bajarse sobre los vidrios y tamizaban la luz. El polvo desplegaba ceremoniales tan preciosos en las escalinatas

de luz y sombra creadas por esas persianas en el aire de los vagones, que un viaje de siete horas podía pasar en un soplo para un viajero atento. No podía dolerles tampoco a las zorras ver rotos los cristales de algunas puertas que conservaban dibujos ahumados e iniciales ferroviarias correspondientes a épocas en que el adorno se consideraba uno de los placeres obligatorios de la vida. Rápidas y desfachatadas y sin bienes que perder, se afanaron en la difusión del motín, en la ubicación de ciertas locomotoras, en llevar y traer noticias.

Por esos días, algunos vagones fueron incendiados cerca de Constitución. El objeto era aprovechar el hierro y el acero. Ustedes los han visto. Una impresión criminal. No

pudo pasar en estaciones más alejadas, donde los paisanos empobrecidos por la falta de trenes ni pensaron en sacar asientos o un espejo para sus ranchos.

No se sabe mucho de nada, pero sí que el lugar de la asamblea fue una estación de la línea abandonada que va a Magdalena.

Era un buen lugar. Por la soledad y como símbolo.

Allí sigue. Quien quiera, puede ir a mirar. Cardos, viento, un galpón en las estaciones solitarias. Por la manga donde las vacas se embestían alzando las cabezas para subir a los vagones pasa el aire, o pasa una golondrina si tiene ganas y es verano, o quizá los murciélagos felices del atardecer. Me gustaría pasar a

mí, si volara; no de otro modo. En la boletería se mueve un cartel. Una puerta se abre, se cierra, hace latir el corazón, pero no es nada, se golpea nomás. Hay instrumentos en las oficinas. Marcan lo que quieren y no quieren nada. En cuanto a lo del puma instalado en la casa del jefe, es falso. Va para un siglo que no hay pumas en la región. Diría que una oveja muerta hediendo en la escalera de roble, sí. O un ternero atropellando para salir de la sala de espera, también. Pero si prefieren pensar en un gato montés, puede ser; en un linyera, puede ser, aunque hay tanto menos que en otras partes, hacia el oeste.

Qué no daría por haber visto la noche aquella, la noche de los grandes trenes.

Cuando La Indómita salió echando humo de los galpones rotos de Ranelagh. Llovía, sí, llovía. El humo se aplastaba hacia los flancos, hacia las ruedas, y las luces parecían amarillas en el vapor nocturno.

Y La Olga, matrícula 7.897, con su resplandor diferente al de todos, coronada por su rayo de luz, apareció, ella, conocedora de las nieves del sur, ella que cubierta de blancura había llegado a los andenes de Bariloche y de Neuquén, y contaba historias ciertas y difíciles de creer.

En el haz de un faro se vio llegar a La Rosa. Hubo un instante de respetuoso acatamiento. A ella más que a todas me hubiera gustado ver en esa noche, cuando derribó los portones de

Circunvalación y avanzó envuelta en chispas que la lluvia pagaba y volvía a pagar, la matrícula borrada de tristeza, arrastrando tiras de enredaderas. Nueva y terrible, en 1918 había desafiado al ejército y a la policía conducida por anarquistas amotinados; las banderas gritando al viento, había corrido por las líneas como una hoguera negra.

La Morocha vino y esperó órdenes. Si sabía cosas. Arrastró el vagón con sillones que usaba el presidente de la República pero también llevó trenes en la cosecha del azúcar, llenos de indios de Bolivia que tocan la flauta en huesos humanos. Y una vez transportó al segundo elefante que vino al país, una elefanta reacia a los trenes pero digna. A su serenidad se debió

la escasez de muertos en el descarrilamiento de febrero del 46. Ahora tomó rumbo en silencio. Su pitido es familiar a demasiados.

Y entre todas se movía la principal, callada.

Ahora, qué trabajo tiene que haber sido ese. Qué difícil. Cuánto ir, cuánto venir.

Convocar esas locomotoras, unas activas pero ciegas, otras entusiastas pero despojadas de una pieza vital. Las zorras iban y venían. Caminaban los diesel. Y los trenes puestos a morir debajo de la lluvia, en el fermento de sus sueños, crujiendo hasta lo más íntimo quisieron despertar del todo.

Y despertaron.

Las vías resbalaban esa noche, cómo no. Hay que ver qué patinar, qué difícil frenar, qué

imposible arrancar. Si la lluvia tenía harto a todo el mundo también era una ventaja. Casi nadie asomaba la nariz fuera de casa, y una viejita acostada en su cama decía a cada trueno:

—Señor, protege a los caminantes.

Que hubo choques, sí que hubo y estaba previsto. No se podían dominar las señales. El expreso de Bahía Blanca se destrozó por eso y La Rosa quedó destrozada frente a él, una rueda girando ciegamente del lado en que flameó el pendón de los anarquistas del 18.

Y en el puente del Samborombón, allí donde los pescadores han puesto álamos para tener sombra, no se sabe por qué motivo uno de los trenes más grandes, lleno de dormitorios, descarriló. Hay poca agua en ese río por lo

común, no sé si han visto que su cauce parece destinado a diez ríos como él. A pesar de las lluvias estaba mediado. Pero bastó para que el agua se precipitara dentro de los camarotes hechos astillas en el fondo del río.

Ah, pero los trenes puestos a morir, imaginemos.

La sensación otra vez, el enganche, el sonar de hierros, el sacudón que entrechoca un vagón, y otro, y otro. Qué crujido. Unas tablas se parten. Algo se desfonda.

Algunos no pudieron zafarse. Golpes, resbalones en la noche sin luciérnagas de la lluvia.

Pero muchos pudieron.

Por ellos sobre todo quisiera haber estado allí. Otra vez. En las vías otra vez, otra vez respirar,

la locomotora otra vez al frente, los postes de telégrafo escapando, ser tren.

Sí, por ellos sobre todo quisiera haber estado allí.

Grande fue la rebelión de los trenes. Por qué falló, quién denunció, no quedará en claro. No importa. Importa la llama que se alza y después se borra y otra vez se alza.

Grande fue la noche aquella, muy grande.

Por qué no salió en los diarios, ya les dije. El hombre acababa de pisar la luna, y los diarios no tenían espacio para otra cosa.



AUTORIDADES

PRESIDENTA DE LA NACIÓN

Cristina Fernández de Kirchner

MINISTRA DE CULTURA

Teresa Parodi

JEFA DE GABINETE

Verónica Fiorito

SECRETARIO DE POLÍTICAS SOCIOCULTURALES

Franco Vitali



LEER ES FUTURO



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina